

Tradición y modernidad: Los judíos en La Habana

REINALDO SÁNCHEZ PORRO
Universidad de La Habana

A Adela Dworin
en agradecimiento
por su colaboración.

«La tradición no es una estatua inmóvil sino una corriente viva que fluye como un río.»

HEGEL

LA COLONIA: LOS SIGLOS DEL SILENCIO

Muchas problemáticas subyacen marginadas por la historia reconocida u oficial, relegadas por las otras prioridades de los cronistas. Ese pudiera ser el caso de los primeros siglos de la presencia de los judíos en la Cuba colonial, que es como decir toda esa historia nuestra desde el mismo descubrimiento hasta su ocaso junto al siglo XIX.

Ubicar este grupo humano en función de la tradición y la modernidad, es decir, de la herencia social y cultural transmitida a través del tiempo (que tiende a verse como lo viejo y la continuidad), y de la renovación, del cambio conforme a la actualidad (o sea lo nuevo, la ruptura), es sólo reconocer la existencia de estas dos tendencias en lucha dentro de toda comunidad. No son buenas ni malas «per se» sino por lo que ayuden a alterar o preservar y muchas veces se presentan entrelazadas e interactuantes.

Así el sionismo apela a la tradición para su fundamentación pero se revela

modernamente como una fuerza política acorde con los requerimientos de su momento, que de inicio fue el de los grandes imperios coloniales. Es una tradición heredada y trabajada modernamente, actualizada. También las luchas sociales son una tradición casi tan vieja como la historia pero su conceptualización y organización en función de una transformación histórica consciente es un producto moderno del pensamiento político. La evolución de las comunidades judías fue también exponente de ésta contraposición cruzada y la de Cuba —que es prácticamente igual a decir la de La Habana— no podía ser diferente.

Porque esa comunidad ¹, surgida y conservada en una nítida tradición, se hizo presente en el momento en que las naves de Colón cruzaron el Atlántico y tocaron nuestras costas.

A bordo venía el recién bautizado Luis de Torres que según Ortiz en poco tiempo fue el primer terrateniente judío de la isla. Y esa ambivalencia, que recubrió de necesario catolicismo la disimulada existencia de los judíos españoles que quisieron seguir siéndolo en aquel fatídico 1492 en que los Reyes Católicos arrojaron hacia la diáspora a los sefarditas, fue una constante, una nueva tradición comunal bajo el desempeño colonial de España. Encubiertos como regla, reconocidos sólo a riesgo propio, siempre hubo una minoría de judíos en Cuba, aparte el incommensurable aporte semita incorporado durante siglos a la sangre española (unos 300.000 conversos quedaron en la madre patria).

Entre los primeros sobresalió Doña Isabel de Bobadilla, única mujer gobernadora de Cuba; entre los segundos el «judaizante» Francisco Gómez de León convicto y ejecutado en La Habana a inicios del siglo xvii, a quien le decomisaron golosamente una cuantiosa fortuna ascendente a 149.000 pesos —como comparación hay que recordar que el Castillo de la Fuerza había requerido sólo de 4.000 pesos casi un siglo antes para su construcción—.

De esa manera la Inquisición destruyó aquella comunidad inicial de «marranos» de España, más por la codicia que despertaban sus bienes que por la práctica pública de su fe ².

Salvo algún caso notorio los judíos que aceptaron las reglas del juego de esa doble moral pudieron sobrevivir y prosperar pero nunca como una congre-

¹ Podría resultar presuntuoso pretender una definición de lo que son los judíos, tarea a desarrollar ante todo por los propios aludidos bajo esa denominación. Sólo a manera de opinión, quiero aclarar que empleo el término en sentido de pertenencia a una comunidad étnica —que no equivale a raza, como a veces se confunde— en la que el elemento definidor por excelencia es la autoconciencia étnica en sí misma que es compartida por sus integrantes. La religión, considerado está sólo en los orígenes del fenómeno de diferenciación de esa comunidad. En este trabajo hago mención a varias personalidades que siendo de ascendencia judía, en todo o en parte, no eran prácticamente de su culto. El término se aplica en un sentido amplio.

² En 1627 esa entidad encarceló por judaizantes a muchos vecinos de La Habana como Antonio Méndez, Luis Rodríguez Mesa y Francisco Rodríguez de Solís. En 1689 fue procesado Vicente Gómez y en 1783 Jacobo Rodríguez Mexía y Antonio Santaella. «Marranos» era el nombre que se daba en la Edad Media en España a los judíos conversos.

gación reconocida sino individualmente, al interior de sus conciencias. Se conoce de conversos vinculados a la implementación de los primeros trapiches de azúcar y fue Don Luis Marx el hacendado que ideó los mosquiteros para la protección y cultivo de los campos de tabaco. Pero no es posible precisar cifras ni formarse idea del grupo real.

Se tiene que pasar así al nebuloso campo de las suposiciones que puede conducir a algunas sorpresas. El «tercer descubridor de Cuba», Don Fernando Ortiz, nos asombra en más de un trabajo adelantando la factibilidad de ancestros inesperados en José Martí. Sin querer «pecar de antojadizo» escribió en 1942 de «su estirpe, que probablemente era de predominantes oriundeces semíticas»³. Quince años más tarde recalcó que «Martí parece de ascendencia semítica por su arcaico apellido de Valencia, antaño tan cundida de levantinos»⁴. En esa misma obra apuntó que los apellidos Gómez y Maceo eran frecuentes entre los conversos portugueses pero no desarrolló la idea.

Dadas las circunstancias los judíos que podemos relacionar con Cuba sólo podían incidir desde el exterior, principalmente desde los Estados Unidos o Europa. Según Abraham Marcus Matterin el primer hebreo que luchó por Cuba fue el húngaro Louis Schlesinger, quien desembarcó en Cárdenas en 1850 como jefe del estado mayor del controvertido Narciso López. Matterin nos devuelve al terreno de las especulaciones al terciar en el debate en torno a Carlos Roloff, el heroico combatiente por nuestra independencia afirmando que Roloff, nacido en Polonia, era judío. Este autor, para probar el apoyo material presentado a José Martí por la comunidad judía de Key West —y dentro de ella por los hermanos Eduardo y José Steinberg que lo presentaron a su colectividad, y que pasaron a Cuba después de la independencia— nos remite al testimonio del coronel Fernando Figueredo Socarrás⁵.

¿CÓMO SE FORMA UN YICHUV?

El fin del colonialismo español y la intervención norteamericana presenciaron y permitieron la reconstitución, por primera vez a la luz pública, de una comunidad judía o Yichuv en el país formada por inmigrantes venidos de Estados Unidos, Turquía y Marruecos, sefarditas y askenazis⁶.

³ Fernando Ortiz: «Martí y las razas», Molina y Cía, La Habana, 1942, p. 18.

⁴ Fernando Ortiz: «La fama póstuma de José Martí», Cárdenas y Cía, La Habana, 1957, p. 11.

⁵ Abraham M. Matterin: «Los hebreos y la bandera cubana», La Habana, 1950 (folleto).

⁶ Los judíos sefarditas son los orientales, los provenientes del Medio Oriente. Aunque su origen fue España, la expulsión de 1492 originó su diáspora por el Mediterráneo Oriental. Los Askenazis son los judíos europeos al norte del Mediterráneo, que hablaban el yiddish, dialecto germano-hebreo formado en la Edad Media. (Sefardi: España; Ashk'naz: Alemania). Yichuv (Yishuv) es un término hebreo que significa asentamiento o comunidad judía.

Entre ellos se ha mencionado al connotado aventurero Frank Steinhart, el magnate de los tranvías de La Habana. Esta figura que resulta emblemática por los métodos y la época, fue Cónsul General de Estados Unidos en nuestra capital y una especie de «poder tras el trono» durante la segunda intervención norteamericana⁷.

El ascenso de la comunidad hebrea, la época dorada de los negocios a que aspiraba una parte considerable de los recién llegados fue, por supuesto, la de la República burguesa, especialmente a partir de la Primera Guerra Mundial.

La «gran guerra» trajo al país una nueva ola de judíos desde la Europa Oriental que continuó fluyendo en la posguerra. Venían principalmente de los ghettos de Rusia, Polonia y Lituania.

Para entonces toda la diáspora era activada por la propaganda del movimiento sionista organizado en torno al ideario de Teodoro Herzl que, reelaborando convenientemente las tradiciones comunales, preconizaba un renacimiento estatal de los judíos en la Palestina árabe. Poco a poco el proyecto fue encontrando acomodo dentro de la política británica para el área. La comunidad establecida en Cuba no fue una excepción.

El más reconocido entre sus primeros sionistas fue David Bliss (1870-1942) veterano fundador de la Organización Sionista así como del Centro Judío que presidió por muchos años. Con relaciones comerciales por todo el continente, Bliss dirigía sus prósperos negocios desde sus oficinas en la Manzana de Gómez.

De origen ruso (Blissnianski) el hábil empresario consiguió dar una prueba de fuerza en nuestro medio en favor del sionismo. El 2 de noviembre de 1917 Inglaterra se comprometió mediante la Declaración Balfour a establecer un hogar nacional judío en Palestina, territorio que ocupó por la guerra. En febrero de 1918, Francia e Italia manifestaron su apoyo a la Declaración y los Estados Unidos hicieron lo mismo en octubre, lo que facilitó las cosas a Bliss.

En noviembre de 1918 el dirigente sionista presentó una petición al Presidente del Senado de Cuba, Ricardo Dolz, solicitando el apoyo oficial del gobierno cubano a la Declaración Balfour⁸. Dadas las prácticas miméticas de los gobiernos de entonces con respecto a las iniciativas de la cancillería del

⁷ No hay un criterio único con respecto a los antecedentes de Steinhart. Óscar Pino Santos le atribuye origen alemán («El asalto a Cuba de la oligarquía financiera yanqui», Casa de las Américas, La Habana, 1973, p. 56). En su época se le tenía por hebreo y en la comunidad judía de Cuba no tienen dudas al respecto.

⁸ Presentes en esta entrevista, efectuada en el Palacio del Segundo Cabo, estaban Cosme de la Torriente, que encabezaba el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y por el «cuarto poder», Jorge Fernández de Castro, del Consejo Editorial del periódico «El Día», amigo de Bliss y de su causa. En su edición del 7 de noviembre de 1918, en primera plana, ese periódico comentó, al pie de una foto de la entrevista, esta gestión senatorial en términos favorables «al proyecto del gobierno inglés sobre la independencia de la Palestina para el pueblo hebreo», confusa formulación que no hacía mención alguna de los árabes.

Potomac, no sorprende saber que como resultado de esta gestión el Congreso Cubano acordó un reconocimiento oficial a la declaración británica en 1919.

David Bliss resultó ser una de las personalidades más determinantes para el desarrollo del Yichuv insular. Tras recorrer gran parte de Latinoamérica y los Estados Unidos se estableció en La Habana en los años de la Primera Guerra Mundial y aquí murió. A su llegada los hebreos eran un grupo reducidísimo, dividido, con un componente norteamericano «neutral» y sectores rivales con unos 400 sefarditas y entre 50 y 60 askenazis. Hasta el circuncidador debía venir de Key West.

Bliss se propuso unirlos, no sólo en la muerte (Cementerio de Guanabacoa) sino también en la Congregación Hebrea Unida que aprovechó sus vínculos con las asociaciones de judíos de Nueva York para fomentar la instalación de inmigrantes en la isla. Bliss ayudó a muchos a establecerse aquí, convirtiéndose, sionismo aparte, en promotor de una comunidad judía permanente y con arraigo en el país. Hasta su muerte en 1942 presidió la Organización Sionista de Cuba, y al ocurrir ésta la congregación declaró tres días de duelo, proclamándolo «abuelo del Yichuv cubano».

La comunidad creció así desde los años veinte, con numerosos inmigrantes europeos y aunque algunos usaban el país sólo como escala hacia Estados Unidos, otros muchos formaron familias y establecieron negocios aquí. En 1924 se inauguró el Centro Hebreo —Egido n.º 2— que cubría las necesidades de una vida cultural y comunal propia en la que formar la nueva generación. Se erigieron escuelas y templos, llegando el número de integrantes a sumar unos 6.000. En octubre de ese año se fundó en Cuba la Organización Sionista con biblioteca, sala de lectura y una múltiple programación de conferencias y debates así como grupos corales y teatrales. Más adelante fue iniciada una emisión diaria de radio que sorprendió a más de un habanero con sus programas en yiddish.

El potencial económico de la colectividad iba en aumento y en 1927 la primera campaña del Fondo Nacional Judío consiguió reunir \$5.000 en unos días. Esas campañas impulsadas sobre todo por los inmigrantes de la Europa del Este incluían también algunas organizaciones sindicales. Poco después se creó la Liga por el Trabajo en Palestina. Poco entonces un inmigrante polaco llegado al país en 1924, Eliecer Aronowsky, comenzó a darse a conocer en la prensa como fundador y redactor de las revistas *Aurora* y *Vida Habanera* y, desde 1930, de «La palabra Israelita», órgano cultural de la comunidad hebrea dirigido por David W. Utrianski y David O. Kurliand.

Aronowski fue particularmente conocido por la publicación en 1928 de sus aclimatados «Cuentos de Cuba», y poco después, de «Luz tropical», con el paisaje de la patria reciente. El amor por su nueva tierra de adopción quedó expresado en sus poemas «En la tierra ardiente» y a «Maceo»⁹.

⁹ En sus versos Aronowsky canta: «¿de dónde viene esa fuerza, a los negros, a los parias? Antonio conduce al triunfo» y en un arranque de écolo-cubanidad, agrega:

Hacia 1935 publicó Abraham Dubelman sus cuentos «En tierra cubana», continuados en 1953 con «El balance», también con temas hebreo-cubanos. En el mismo 1935 se editó fuera de Cuba «Vidas silenciosas» de Pinhas Berniker, con quien se puede completar una triada representativa de la literatura yiddish en Cuba, en plena transculturación.

Constatando el hecho Abraham Matterin escribió que fueron los hebreos que llegaron a Cuba en los años veinte, los que, con la necesaria perspectiva histórica y su talento poético y literario cantaron y alabaron en yiddish y español al país y su gesta libertadora.

Moisés (Mariano) Raigorodsky, que moriría poco después luchando en la guerra civil española, publicó en 1933 sus «Ensayos teatrales» mientras el paisaje cubano quedó apresado en la personal visión de Simcho Glezer, pintor hebreo-cubano («Frente al mar» y «Playa» son algunos de sus cuadros).

Algunas fortunas hebreas comenzaron a hacerse notar. Así en su sinopsis de las clases adineradas y poderosas de Cuba en aquellos tiempos, Elías Entralgo incluyó entre los industriales a una mayoría de norteamericanos «y hebreos». Y entre los grandes comerciantes importadores y exportadores, a españoles «y hebreos del Oriente europeo»¹⁰.

Otro segmento muy importante de la comunidad se destacó por una motivación vital completamente opuesta. Entre los inmigrantes muchos traían a estos lares una formación socialista o claramente marxista. Por eso en agosto de 1925 entre las Agrupaciones Comunistas reunidas en congreso en La Habana, figuró la Agrupación Comunista Hebrea, representada allí por Yoska y Curwich. De aquel núcleo que compartía ancestros hebreos y voluntad de cambios sociales, la presencia que ha marcado más profundamente la historia nacional fue y es la de Fabio Grobart, llegado al país en 1924¹¹.

«El mambí se hace con yaguas
el escudo y utiliza
la tela del coco y hace
con ella polainas típicas
... y el romántico yarey
las cabezas dignifica»

El poema termina con un apasionado giro a la izquierda en que proclama que «la patria sólo ha cambiado de dueño» por el dogal de «los yankees voraces», así como «la miseria del proletariado»; desde su estatua «el índice del machete clava en el Norte Maceo».

¹⁰ Elías Entralgo: *Perioca sociográfica de la cubanidad*, Jesús Montero, La Habana, 1947, página 53.

¹¹ El veterano luchador comunista e investigador nació en Polonia en 1905. A los 17 años ingresó en la Liga Juvenil Comunista y bajo una fuerte persecución debió abandonar ilegalmente su país en 1924 para trasladarse a Cuba como emigrado político. Aquí se integró a la Agrupación Comunista de La Habana y trabajó en sastrerías, participando en la fundación del Partido Comunista de Cuba en 1925. Miembro reiterado del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y de la Asamblea Nacional, Fabio Grobart presidió el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba desde su fundación en 1973.

Este grupo se fundió en el Partido Comunista pasando Grimberg a su Comité Central, encargado de la juventud y —junto a otros— de la enseñanza del marxismo. En esas mismas reuniones iniciales se trató el tema del desempleo que afectaba a muchos residentes judíos y José Antonio Mella integró el grupo encargado de ayudarlos a buscar trabajo¹². Pero tal vez lo más conocido por entonces fue el horrendo asesinato —lanzado a los tiburones— del joven «polaco» Noske Yalob, militante comunista, a principios de 1928.

Esta variada presencia e incidencia hebrea parece que despertó sentimientos encontrados u hostiles en algunos. Aunque Fernando Ortiz aclaró que en Cuba jamás hubo ráfagas de antisemitismo ni pogroms, por esa época se publicó la que tal vez sea la única andanada antisemita que pueda encontrarse en la literatura cubana, en las novelas de Carlos Loveira¹³. Eso fue, por lo menos, una curiosa coincidencia.

LA MADURACIÓN DE LOS «VERDES»

La proximidad de la Segunda Guerra Mundial así como su desarrollo, que implicó el holocausto de seis millones de judíos —de un total mundial de 17 millones— trajeron a Cuba nuevas oleadas de inmigrantes. Entre ellos vino E. Friedlaender quien publicó en 1944 una Historia Económica de Cuba no tradicional que enriqueció el moderno panorama historiográfico del país. Eran de otra extracción social, gente educada, con dinero, profesionales e intelectuales que no se integraron ni a la comunidad, ni en su mayoría, al país.

La actitud hacia la inmigración judía de aquellos años entre algunos círculos políticos del patio puede ilustrarse con la curiosa conferencia ofrecida por Guillermo de Zéndegui, en 1943 ante la Asociación Democrática de Refugiados Hebreos de La Habana. Aunque con «dosis y método», Zéndegui, pedía «mentalidades hebreas» para ayudar a dirigir a los abúlicos criollos¹⁴.

¹² Mirta Rosell: *Luchas obreras contra Machado*, Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 66, 67. La historiadora Martiza Corrales asegura que Grimberg es el mismo Yoska citado antes.

¹³ Principalmente en el inicio del segundo capítulo de «Generales y Doctores» (1920), antecedente que no permite pasar por alto las clásicas alusiones a la «usura judía» en «Juan Criollo» (1928). Esa actitud parece estar originada en las vivencias newyorkinas del autor a fines del siglo XIX antes de venir a la guerra de 1895.

¹⁴ Después de la obligada referencia histórica al aporte judío al crisol español, el orador, tras apuntar que «la crítica vulgar» señala a los judíos como demasiado inclinados al medro, y calculadores, comentó que «fue la casualidad lo que os trajo a Cuba», que «Cuba necesita poblarse» pero que «todo es cuestión de dosis y de método». En su opinión la nación cubana aún estaba en proceso de conformación y sus integrantes, dados a la abulia y el choteo, son intrascendentes, con una «inteligencia de tipo literario y contemplativo». Se necesitan gentes de intelecto activo y creador, como los de «mentalidad hebrea» para que constituyera, «esta nueva corriente inmigratoria», un «factor importantísimo» en «los futuros destinos de la cubanidad».

Las impresiones de estos hombres que huían del horror nazi al llegar a Cuba pueden aquilatarse a través de la prosa de Gerszon Minkowicz¹⁵. Todos no estaban a favor de los inmigrantes; en 1939 fueron devueltos a Europa 907 refugiados a bordo del Saint Louis (según fuente hebrea). Pero esa orientación no prevaleció. Poco después la comunidad se amplió temporalmente con judíos belgas y franceses que introdujeron su famosa destreza en la talla de diamantes. Entre 1942 y 1943 establecieron 24 plantas con 1.000 trabajadores. Pero el negocio no prendió ni sus artesanos tampoco. En 1945 la Organización Sionista se mudó a su nuevo edificio, el Bet'am, en consonancia con el ascenso del Yichuv hasta cerca de 25.000 personas pero tras la guerra una gran parte pasó a Estados Unidos o volvió a Europa.

Desde los últimos años de la década del cuarenta las actividades económicas —principalmente a partir de una acumulación originalmente comercial— llevaron a la congregación judía a lograr posiciones económicas de importancia. No obstante no consiguieron impedir el sorpresivo voto adverso de Cuba en 1947 en la ONU cuando se decidió la partición de Palestina que permitió el establecimiento del Estado de Israel.

Se pasó de los comercios en las calles Bernaza, Muralla, Sol y Luz a otros sectores como la industria textil, etc. En la época del golpe de Estado de Batista se destacan las fortunas de Philip Rosemberg, dueño de un central, del banquero y terrateniente Jacob Barker, las de David Brandon, Harry Price o las familias Kates y Shapiro, entre otras que lideraban al Yichuv.

Esos nombres se convirtieron en sinónimos de la época. Además resulta cierta la leyenda sobre el origen judío de Julio Lobo, dueño de una de las mayores fortunas azucareras de Cuba. Se afirma su procedencia, vía Venezuela, de los Wolf, judíos holandeses de Curazao, aunque no por vía materna.

A finales de los 50 se había producido un desplazamiento socioeconómico hacia arriba en la mayor parte de la comunidad que iba ganando espacio en los

Los inmigrantes deben haberse quedado pasmados ante este vocero nativo que los exhortaba a integrarse a las «minorías regentadoras de la vida nacional y de la masa de cubanos no perseverantes». El conferencista terminó confiando en que «al final de la guerra»... «muchos de vosotros permaneceréis aquí», lo que no fue el caso.

Guillermo de Zéndegui: «Inmigración y cubanidad», Hércules, La Habana, 1943, pp. 16-20.

¹⁵ En su primer contacto con el país dorado de América, después de pasar por esa desalentadora versión —como símbolo receptor y promisorio— de la Estatua de la Libertad que era el campamento de Tiscornia, en La Cabaña, «con sus alambres de púas» los «verdes» (como llaman los judíos residentes a los recién llegados) chocaban con los agudos contrastes sociales de la deslumbrante ciudad. Minkowicz se asombró del desconcierto que provocaba en muchos al tratar de explicar su origen: «Parece como si sólo conocieran cubanos y americanos. Sobre otros pueblos no tienen idea». La elegancia del Malecón y las luces del Prado no le ocultaron las miserias de La Habana Vieja, del niño limpiabotas y de la muchacha que lo abordó insinuante. Esta percepción adelantada del «conflicto Norte-Sur», o desarrollo-periferia, marcó los testimonios de estos europeos en nuestra tierra.

sectores ricos y en las capas medias acomodadas. Aunque no todos compartían esa prosperidad el núcleo más significativo, concentrado en La Habana, contaba con cuatro centros escolares que cubrían las necesidades de una comunidad que sumaba unas 12.000 personas en el país¹⁶. Tanto los askenazis (7.200) como los demás grupos construyeron en 1952 modernas edificaciones comunales en el Vedado, en la capital. Muchas de ellas participaban en las campañas y recolectas organizadas por el Fondo Nacional Judío, el Keren Hayesod (Fondo para la Fundación de Palestina) y la Organización de Enlaces del Estado de Israel. Según fuentes norteamericanas el movimiento sionista contaba entonces no sólo con la organización masculina sino también con una Federación de la Organización Sionista Internacional de Mujeres, y grupos Hanna Szennes, con una membresía de 1.500 mujeres. Entre los jóvenes funcionaban los grupos Ha-Shomer Ha-Tzair y el Club Juvenil, organizaciones todas que preparaban a sus miembros para la emigración y recolectaban fondos para Israel.

LA ACTUALIDAD: SER O NO SER, EL DILEMA URBI ET ORBI

Las transformaciones sociales que puso en práctica la Revolución Socialista en Cuba no fueron del agrado de muchos de los hombres de negocios, industriales y comerciales que preponderaban en esa colectividad. Afectados por las nacionalizaciones comenzaron a emigrar de Cuba tal y como había sucedido antes en similares circunstancias en Europa Oriental con ayuda de las organizaciones sionistas.

Fuentes judías de New York dicen que el 80% dejó el país y que para inicios de la década del 70 el número de los que permanecían en Cuba había descendido a 2.100 (la Enciclopedia Judaica los estimaba en 2.500 en 1965 y en 1.500 en 1970).

El hecho de la reducción de la comunidad influyó lógicamente en muchas de sus actividades y la nacionalización y unificación de las escuelas privadas al sistema público de enseñanza no fue un obstáculo para que hasta los años setenta el Ministerio de Educación diera una especial atención a la escuela Albert Einstein, que funcionaba en la zona de Santos Suárez en La Habana. Gracias a un servicio específico de transporte estudiaban allí junto a otros niños cubanos, muchos alumnos de familias judías de toda la ciudad para los que se habilitaron cursos adicionales de lengua e historia hebrea.

El escultor Sandú Darié y el cineasta Saúl Yelín son tal vez las personalidades de origen judío más conocidas del período revolucionario. Desde 1973

¹⁶ En la «Encyclopedia of Zionism and Israel» afirman que de ellos eran Askenazis unos 5.000 sin aclarar el resto. Otra fuente lleva el total a 15.000 en esos años.

Cuba suspendió sus relaciones con el Estado de Israel ante su negativa de retirarse de los territorios árabes ocupados y a reconocer los derechos del pueblo palestino. Pero este hecho no implicó ningún cambio en la comunidad.

Sobre la etapa más reciente de la vida de los hebreos en Cuba puedo citar las declaraciones de Dr. José Miller, Presidente en ejercicio de la Casa Patronato de la Comunidad Hebrea en Cuba, para la Agencia I.P.S., según lo divulgado por esa fuente en febrero de 1989. Miller, que se desempeña como médico en el Hospital Nacional de La Habana, consideró que su colectividad, entonces de 1.200 integrantes, realizaba esfuerzos para organizarse y rescatar lo que definió como «identidad nacional» y «tradiciones religiosas». La emigración por motivaciones económicas no ha cesado, aunque menos de un centenar abandonaron la isla en 1980. La concentración en la capital continúa siendo un rasgo del grupo hebreo; 950 vivían en la ciudad de La Habana, conformando unas 300 familias mientras el resto residía en Camagüey, Santiago y Villa Clara, casi exclusivamente.

En el edificio de la comunidad, en 13, en el Vedado se brindan servicios religiosos de Sinagoga y clases dominicales para los niños, aparte de otras actividades comunales y culturales. El Dr. Miller hizo una clara diferenciación entre el judaísmo, como preservación de los valores propios, y el sionismo, con sus connotaciones político-estatales. «Nuestra posición —dijo a la I.P.S.— es conservar la identidad y tradición judías.»

Al conversar con el Presidente Miller en junio de 1992 sobre esa identidad judía me insistió en que no la define el culto religioso sino su tradición histórica, su origen común. Nacido en Cuba y evidentemente cubano el galeno observó que otros le atribuyen una doble identidad nacional lo que no consideró fácil de sostener.

Eso no preocupa a una comunidad tan mezclada como la cubana, en que en su criterio, los integrantes van dejando progresivamente de ser judíos. Casado con cubana —lo mismo que han hecho sus cuatro hijos— no es una excepción en cuanto a los matrimonios mixtos que considera alcanzan entre el 80 y el 90% de los casos. Me explicó que los creyentes no exceden hoy el 10% pero aclaró que incluso en Israel la mayoría de la población no es practicante.

Le es difícil precisar el número actual de hebreos en el país pero los estima en un millar, aunque eso depende del criterio que se asuma para definirlos. Su patronato considera potencialmente judío a quien cuente con un abuelo de ese origen. En los últimos años unos quince judíos soviéticos casados con cubanos o cubanas se han acercado al grupo.

Integrada sobre todo por profesionales y técnicos de La Habana y parte indiferenciable de la sociedad, la comunidad existe más como asociación y referencia que en el sentido tradicional del término. Aunque el Dr. Miller impulsa planes de resurgimiento de la identidad cultural no me negó que se siente más pesimista que optimista en ese aspecto.

Los Estados Unidos fueron el destino de la mayoría de los que se marcha-

ron. Con relativamente pocos cubanos de segunda y tercera generación y sostenidos vínculos con sus correligionarios de ese país a todo lo largo del siglo, la emigración de ésta a la otra comunidad —que no fue un fenómeno que se inició con la Revolución— parece que está diluyendo a algunos de los cubanos de origen o cubanizados, que van asimilándose a las fuertes comunidades norteamericanas. No sucede así en Miami, asiento del grupo mayor, donde funciona el Círculo Hebreo Cubano dirigido por Marcos Kebler, de Guanabacoa.

Unos pocos se asentaron en Israel. En la biblioteca de la Comunidad Hebrea me contaron que en el Kibutz (granja colectiva) de Ga'ash, fundado por judíos latinoamericanos cerca del Tel Aviv —al que se sumaron algunos provenientes de Cuba en los años cuarenta y cincuenta— el presidente, Levin, era de origen cubano.

Pero no sólo es la emigración la causa de la disminución comunal. Aquí, como en el resto de la diáspora la asimilación ha ganado plenamente a muchos —ya vimos el testimonio de Míller— con el estímulo adicional representado por el proyecto social lanzado en 1959 y sus fuertes connotaciones de integración nacional. No podía esperarse menos de una comunidad que contaba también con profundas raíces en la izquierda marxista.

La descendencia a partir de este sector radical ha evolucionado casi siempre hacia la integración total. Para el escritor Reinaldo González, Director de la Cinemateca de Cuba, ese origen no pasa de ser un simple dato genealógico. En la Academia de Ciencias, en la Universidad de La Habana, en las letras, la diplomacia o los ministerios hay también hoy cubanos para los que el tema carece de significación aunque no tengan reparos en recordarlo para complacer a las abuelitas en las reuniones familiares. Desde el inicio, en el sensual medio cubano se impuso por encima de las diferencias de origen y cultura, ese «comercio inexorable» que, según Martí, acabará por unir a los hombres. Así con los genes lanzados fuera del círculo de las familias hebreas, comenzó la mezcla asimiladora aún antes de que se generalizaran los matrimonios mixtos. En la nueva generación no son pocos los que ven a sus mayores inmigrantes casi de la misma manera en que podrían hacerlo sus vecinos criollos, y más si alguno de los padres no es hebreo, como suele suceder¹⁷. En el Catauro de Cubanismo de Fernando Ortiz, hay uno típico en este país formado por inmigrantes —«aplatanamiento»— para señalar esa integración a lo cubano a la que los hebreos no han sido indiferentes.

Aunque particularmente vinculado a la emigración económica de sus grandes sectores integrados a todos los niveles del espectro burgués del país, en pugna con los cambios estructurales traídos por el socialismo, el fenómeno de la reducción del Yichuv cubano debe verse en el contexto mundial del hebreo

¹⁷ Un testimonio fílmico impactante es el documental «Mis cuatro abuelos» de la nueva promoción de la familia Yelín en el cine nacional.

de estos mismos años. Primeramente no hay que explicar que ese hecho, la emigración, es consustancial a la historia judía. Por otra parte al actual Israel han inmigrado hebreos de más de cien Estados, vaciando a muchos países árabes de sus minorías judías.

En 1965 ya desde el título de su libro —«¿El fin del pueblo judío?»— George Friedman hablaba del peligro de la declinación del antisemitismo que, al favorecer la asimilación en la diáspora, el debilitamiento de la práctica religiosa y los matrimonios mixtos, agota la producción de la personalidad judía, lo que en su opinión podría conducir a la extinción del «pueblo judío».

Más de 20 años después y también en París, Alain Frachon —«Le Monde», 24 de octubre, 1987, p. 2— se refirió al peligro demográfico que amenazaba a los judíos como pueblo aparte. El envejecimiento, la baja de la natalidad, el aumento de los divorcios y los matrimonios mixtos (un tercio o más del total) han hecho que los judíos fuera de Israel hayan disminuido de 10,2 millones en 1970 a 9,4 millones en 1985, tendencia que, de continuar a ese ritmo, podría bajar el total a 7,9 millones para el año 2.000. En ese artículo se comenta la falta de interés o la indiferencia de los jóvenes judíos para con su herencia cultural y religiosa.

En Cuba la comunidad continúa reduciéndose como puede verse, por dos de las mismas razones históricas que, interactuando en sentido opuesto en su seno han determinado su declinación en otras latitudes: la emigración y la asimilación. Ahora bien, es la función económica que han desempeñado casi siempre esas colectividades la que aumenta el peso de la primera razón en nuestro medio, marcando un contraste en general con las otras comunidades americanas imbricadas a esas estructuras capitalistas¹⁸.

Este «empequeñecimiento» en la práctica de la comunidad parece que sólo comienza a tener su reflejo en la opinión general. En un muestreo que realicé en varios grupos a mi alcance en La Habana pude constatar que el 70% (69,7) de los consultados saben que hay un grupo pequeño de hebreos en el país y un 11% adicional cree que los había pero emigraron, lo que da un 81% que conoce su presencia entre nosotros. Por otra parte, el 1,1% dijo no saber y el 17,4% cree que no hay judíos en Cuba. Entre los que sostienen este último criterio desconocedor está el 25% de los menores de 20 años el 14% de los comprendidos entre 20 y 40 años, y un poco sorprendentemente, el 23,3% de los que cuentan más de 40 años —es decir, que los que coexistieron con la etapa de crecimiento del Yichuv. Teniendo en cuenta las discretas dimensiones del mis-

¹⁸ La existencia de organizaciones activas en favor de la concepción sionista fue un factor adicional que condicionó objetiva y subjetivamente a una parte del Yichuv en favor de la emigración aunque esta no se produjera mayoritariamente en dirección a Israel. El fenómeno en su evolución, generó las motivaciones propias de la reunificación familiar alcanzando a sectores que inicialmente no estaban predispuestos a dejar la isla.

mo, este muestreo indicaría un buen nivel de conocimiento sobre la existencia de la comunidad ¹⁹.

Aunque nunca se acercó el 1% de la población nacional, la comunidad judía ha vivido y se ha desarrollado entre nosotros en un clima de armonía e integración al conjunto social que le ha permitido destacarse por encima de su número, pero por muchos más en el plano de las individualidades que como colectividad; no son pocos los hombres notables que ha producido pero sí son muy pocos los conocidos como judíos o que se consideran como tales. Para la mayoría de los cubanos la denominación de judío o hebreo es, cuando más, sólo un índice diferenciador en el campo —nunca muy fuerte en el país— de las grandes religiones mundiales. En el muestreo ya citado, por ejemplo, pocos se apartaron de la apreciación de los judíos como una comunidad vinculada a una religión (83,4%) ²⁰.

En general la dinámica de esta comunidad puede entenderse mejor si la relacionamos con las de Estados Unidos. Hay que tener presente que en el mismo período de su resurgimiento y desarrollo, las comunidades norteamericanas pasaron de 900.000 integrantes (1896) a más de 5 millones (1950) convirtiéndose en polo de atracción de la diáspora. Nuestra isla funcionó como un cercano y seguro salón de espera para los que querían sumársele. El Yichuv se inflaba o desinflaba a ritmo de las restricciones migratorias de Estados Unidos. Cuando se endurecían crecían las posibilidades para el arraigo en Cuba como sucedió en 1924. De la oleada iniciada en 1933-34 al subir los nazis al poder (de 10.000 a 12.000, 50% de Alemania y Austria) sólo quedaba el 15% en 1949. Un contraste en este sentido lo ofreció el pequeño pero poderoso sector norteamericano, formado desde el inicio (el caso de los Steinberg) que vino desde los Estados Unidos, y con su reformismo liberal formaron un segmento aparte de los modernizantes askenazis y de los tradicionalistas sefarditas. Para 1925 se citaba 8.000 hebreos de ellos 5.200 askenazis, 2.700 sefarditas y 100 «americanos».

Resumiendo lo expuesto creo poder decir que el análisis del Yichuv como fenómeno urbano menor de la sociedad cubana en el siglo xx podría sugerir la siguiente periodización de su evolución y sus figuras clave ²¹: (siempre centrado en La Habana):

¹⁹ Datos del muestreo:

Se consultó a 109 personas de la Ciudad de La Habana (59 mujeres y 50 hombres). Predominando en las edades intermedias, entre los 20 y los 40 años (63) seguidos de los mayores de 40 (30) y de los menores de 20 (16). Edad mayor: 78 años; edad menor: 15. El nivel de escolaridad fue: 5 de primaria, 50 en los niveles secundarios, 34 estudiantes universitarios y 20 de nivel universitario. En cuanto a ocupación la mayoría fueron trabajadores (47) seguidos de estudiantes (38; de ellos, 34 universitarios y de éstos 23 de la Licenciatura de Historia de la Universidad de La Habana), profesionales (13), amas de casa (7) y jubilados (4).

²⁰ El 14,6% los consideró ciudadanos de un país y el 1,8% una comunidad lingüística.

²¹ Este esquema no es más que un intento de interpretación que trata de destacar lo fundamental por encima de las omisiones y excepciones imposibles de soslayar en toda generalización se trata sólo de un criterio sometido a debate.

- 1900 a Primera Guerra Mundial: Etapa de exploración inicial, primeros tanteos y asentamientos mínimos con alguna inversión. Es la etapa preliminar que podemos llamar «período Steinhart».
- Primera Guerra Mundial a Segunda Guerra Mundial: Etapa de inmigración y asentamiento de «verdes» (o nuevos en la plaza) que en muchos casos llegaron para quedarse. El Yichuv contiene toda la gradación social urbana posible aunque se aprecia una polarización entre los ricos dedicados a hacer crecer sus negocios, y los proletarios que incorporan su activismo consciente a las fuerzas nacionales que luchan por una transformación social. Es la etapa de crecimiento y antítesis: «período David Bliss versus Noske Yalob».

La heterogeneidad social se refleja a partir de aquí en las múltiples tendencias ideológicas en pugna: sionismo, asimilacionismo, individualismo, internacionalismo, marxismo: es el grupo de Yalob contra Machado y también Raidgorosky contra Franco en España.

- Segunda Guerra Mundial a 1959: Años de continuidad y de flujo y reflujo de la nueva oleada inmigrante sofisticada que busca acomodo pasajero en torno al núcleo sembrado en el período anterior, que ahora alcanza su apogeo económico; reinstala sus tradiciones en Cuba donde desarrolla su modernidad. Una parte del sector activista aminora su beligerancia social y por la vía tradicional de los negocios va haciéndose un lugar en el sistema a la sombra de sus correligionarios acomodados. La pirámide social de la comunidad se invierte: es la etapa del enriquecimiento, el «período Julio Lobo». Hasta aquí todo marcha acorde con la dialéctica habitual, tradicional, de las nuevas comunidades hebreas.
- 1959-1992: El socialismo provoca la ruptura con esa tradición y desencadena en el Yichuv un proceso de desburguesamiento que es, a la vez, una democratización socio-económica y una vuelta a la semilla: a la contradicción asimilación-emigración, que va reduciendo el radio de la comunidad pese a la resistencia de los que quieren mantener las tradiciones del núcleo restante. Con la salida al exterior de la mayor parte de la comunidad habanera coincide un repliegue migratorio interno de las familias hebreas de las provincias hacia la capital. Esta etapa es en cierta medida la realización, la puesta en práctica de las teorías de las contrafiguras del sector que desde la izquierda opuso, durante todo el tiempo, sus concepciones modernas y universales, a las tradicionales y comunales que habían prevalecido hasta 1959. Este período, aún en desarrollo, signado por el cambio revolucionario múltiple y asimilador, y la emigración, es el de los hombres de base en su conjunto. Ellos decidirán el futuro del casi habanero Yichuv.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y folletos

- ARONOWSKY, Eliezer Maceo: *Maimónides*. La Habana, 1950.
- ENTRALGO, Elías: *Perioca Sociográfica de la cubanidad*. Jesús Montero, La Habana, 1947.
- FRIEDMAN, Georges: *¿El fin del pueblo judío?* Fondo de Cultura Económica, México, 1968.
- LOVEIRA, Carlos: *Generales y Doctores*. Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962, p. 25.
- MATTERIN, Abraham Marcus: *Los hebreos y la bandera cubana*. La Habana, 1950.
- MINKOWICZ, Gerszon: *Temas cubanos*. La Habana, 1953.
- ORTÍZ, Fernando: *La fama póstuma de José Martí* (los judíos en Cuba). Cárdenas y Cía, La Habana, 1957.
- ORTÍZ, Fernando: *Martí y las razas*. Molina y Cía, La Habana, 1942.
- ORTÍZ, Fernando: *El engaño de las razas*. Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- ZÉNDEGUI, Guillermo de: *Inmigración y cubanidad*. Hércules, La Habana, 1943.

Enciclopedias

- Encyclopedia of Zionism and Israel, Herzl Press, New York, 1971, 2 tomos.
- Enciclopedia Judaica, Jerusalén, Israel, 1972, tomo V.
- Cuba en la mano, Enciclopedia Popular, La Habana, 1940.

Medios de prensa

- Periódico «El Día», La Habana, noviembre de 1918.
- La Nueva Palabra Hebrea de Cuba, mayo 1963, La Habana.
- Periódico «Le Monde», París, 14 de octubre 1987, p. 2 (Frachon, Alain: «Le Peuple Juif en "Péril démographique"»).
- Reporte de la Agencia I.P.S., La Habana, febrero de 1989.

Entrevistas

- Investigadora Adela Dworin, de la Biblioteca de la Comunidad Hebrea de Cuba que además, facilitó y tradujo materiales.
- Entrevista con la historiadora Maritza Corrales, especialista en el tema.
- Entrevista con el Dr. José Miller, Presidente de la Casa Patronato de la Comunidad Hebrea de Cuba.

Muestreo de opiniones a 109 personas en La Habana, mayo de 1992.